

Marco Aguilar, visto por el crítico Alberto Cañas

Recibido: 16 de julio, 2024
Aceptado: 14 de agosto, 2024

Por: Alberto Cañas¹

Resumen

Este artículo corresponde a un juicio de gran relevancia, pues fue emitido por el prominente crítico literario Alberto Cañas en *Chisporroteos*, su columna semanal del diario *La República*. Apareció en agosto de 1996, para celebrar la aparición del libro de sonetos *El tránsito del sol*, y en el que destaca la calidad poética de Marco Aguilar, sobre todo como escritor de extraordinarios sonetos, modalidad que este revitalizó con gran donaire.

Marco Aguilar, Through the Eyes of the Critic Alberto Cañas

Abstract

This article corresponds to a judgment of major relevance, as it was written by the prominent literary critic Alberto Cañas in *Chisporroteos*, his weekly column in *La República* Newspaper. It was published in August 1996, to celebrate the launching of the book of sonnets *El tránsito del sol* (The Sun's Transition), and in which the poetic quality of Marco Aguilar stands out, particularly as a writer of extraordinary sonnets, a modality that he revitalized with grace.

Alberto Cañas. Marco Aguilar visto por el crítico Alberto Cañas. Revista *Comunicación*. Año 44, volumen 34, número 2, junio-diciembre, 2024. Instituto Tecnológico de Costa Rica. ISSN: 0379-3974/e-ISSN1659-3820

PALABRAS CLAVE:

poesía costarricense, poesía turrialbeña, crítica literaria, literatura, Tránsito de sol, Marco Aguilar.

KEY WORDS:

Costa Rican poetry, Turrialban poetry, literary criticism, literature, Tránsito de sol (The Sun's Transition), Marco Aguilar.

¹ Fue abogado, periodista y profesor universitario, así como laureado cuentista, novelista, ensayista, dramaturgo, crítico de arte y cine. En el campo político, además de diplomático y diputado varias veces, fue el primer ministro de Cultura de Costa Rica.

Cuando aparecieron en el escenario nacional los sorprendentes “poetas de Turrialba”, recuerdo que Alfredo Cardona Peña, desde México, me escribió diciéndome que, a su juicio, el de más porvenir era Marco Aguilar.

Luego, conforme el grupo se fogueó y maduró, Aguilar pareció hacerse a un lado. Y tras los poemarios iniciales de 1962 (*Canciones para la semana* y *Rai-gambres*), mientras [Jorge] Debravo y [Laureano] Albán asumían posición de cúpula en la poesía costarricense, Aguilar cayó en un silencio solo interrumpido en 1984 con un libro extraño, ambicioso e insatisfactorio: *Emboscada del tiempo*. La promesa detectada por Cardona Peña parecía viajar hacia la invisibilidad.

Preciosamente editado por Francisco Zúñiga Díaz y Erick Gil Salas, aparece ahora, como gran sorpresa, el cuarto y triunfal poemario de Marco Aguilar: una colección de 44 sonetos –18 de ellos absolutamente magistrales– prologada por el maestro [Isaac Felipe] Azofeifa, con el poco atractivo título de *El tránsito del sol*. Y hay que procurar que Cardona Peña, donde esté, escuche que le gritamos: “Tenías razón, Alfredo, Marco Aguilar es un poeta a lo grande”.

Lo primero que sorprende en estos sonetos de Marco Aguilar es que el poeta no ha abandonado el rumbo inicial que compartió con su compañero Debravo.

Los sonetos de 1996 participan de los aspectos digamos experimentales con que los dos turrialbeños se lanzaron al mundo, y por eso la característica más visible –y yo diría audazmente que más “turrialbeña”– de estas deliciosas composiciones, es el empeño del poeta de despojar al soneto de la solemnidad y aristocrática elegancia que le han sido tradicionales, como si el género lo hubiese inventado Benvenuto Cellini.

El soneto –recordar las piezas magistrales de [Julián] Marchena– se envuelve tradicionalmente en un lenguaje exquisito y refinado. En sus sonetos, Aguilar se esfuerza, por el contrario, en manifestarse de manera sencilla y con un lenguaje coloquial.

Por eso, sus sonetos amorosos hablan de amores comunes y corrientes – al alcance de los lectores que no son poetas–, con palabras comunes y corrientes.

Conversan con la amada y esperan que la amada responda en el mismo tono. Un esfuerzo por despojar al soneto del ropaje de joyería que le dio el modernismo, parecido al que hace medio siglo iniciaron los piedracielistas colombianos.

La temática de Marco Aguilar difiere de la de Debravo, en el tanto en que el hombre a que se refiere es él, mientras que Debravo se refirió siempre a todos nosotros. En Debravo campeaba “el hombre”, en Aguilar, “un hombre”, el poeta, él.

Pero es un él tan simple y diáfano, que sin esfuerzo alguno absorbe al lector. Las notas ocasionales de pesimismo se le antojan a uno momentáneas ante una poesía “clara como un anillo” que diría Neruda, y que rebosa asombro ante el mundo. El parentesco entre los dos poetas, a pesar de todo, es más que todo literario y, si se quiere, generacional. Son hermanos, pero no gemelos.

Con este libro se confirma y refuerza el estupendo aporte de la Turrialba de 1960 a la literatura costarricense. Tres poetas (Debravo, Albán y Aguilar) de gran calibre.

La incorporación de Aguilar a la trinidad tiene que ser motivo de regocijo. ¿Sería mucho pedirle a Aurelia Dobles que incluya en algún próximo número de *Áncora* un muestrario de esta estupenda obra?